

TINTERO BLANCO



SEPTIEMBRE 2025 • NÚMERO 10 • AÑO 6



TINTERO BLANCO

Héctor Justino Hernández
Dirección general

María Eugenia García
Dirección de redes

Irving Vásquez
Dirección de relaciones
públicas



TINTERO BLANCO, REVISTA LITERARIA DIGITAL.

Año 6, No. 10, febrero-julio de 2025, publicada por la Editorial Tintero Blanco, con domicilio en calle Encanto, número 17, Int. 6, Colonia Los Laureles, C.P. 91037, Xalapa, Veracruz, México, correo electrónico: tintero.blanco.revista@gmail.com. Editor responsable: Héctor Justino Hernández Bautista, Reserva de derechos en trámite. Queda prohibida su reproducción total o parcial sin notificar al editor.

Índice

Literatura

- Ariadna - Alicia Carrasco Azcuaga 05
- Dos poemas - Liliana López León 07
- Dos microficciones - Jaqueline Galindo 10
- Hugo Argüelles: entre la piedra de coral - David Lobato 12
- El genio de la familia - Juan Eduardo Mateos Flores 16
- Komorebi - Eara Ronzón 22
- Nuevos lineamientos - Luis Enrique Cuéllar 25
- Instrucciones: para un mejor encuentro con su pez solar - Leslie Figueroa 30
- El ruiseñor y la rosa - Oscar Wilde, Trad. María Eugenia García 32
- Micronarraciones - Irving Vásquez 39

Índice

Opinión

- 41 • La historia de la historia - María Eugenia García
- 48 • Amanecer de la carne, un libro de Octavia Butler - Héctor Justino Hernández
- 53 • Embalse - Emily Eliot

Dossier Gráfico

- 56 • Semblanza de Gabriela Vallejo Castro

Autorxs

- 60 • Semblanzas



LITERATURA

TINTERO BLANCO

En torno a la creación literaria, esta sección busca contener aquellos textos que exploran el lenguaje desde la variedad de su expresión estética.

Ariadna

Alicia Carrasco Azcuaga

El lado positivo de su anatomía era que siempre regeneraba sus apéndices. Cuando mucho, los órganos más grandes eran los más tardados: La suerte de Prometeo que con una mordida podía compartir a cualquiera. Durante las primeras tres rondas de mil años, celebró su vida, pero ahora sólo llevaba un estimado por mera curiosidad. Cada tanto sacaba la resta del año en curso menos el año de su nacimiento: la cifra se disparaba en un abrir y cerrar de ojos. En esa misma fracción de segundo todo cambiaba, pero el cielo siempre era el mismo. Un poco más opaco quizá durante los inviernos, como este.

Su existencia ya rondaba la tierra desde antes de cualquier registro. Incluso sobrevivió al impacto del meteorito. Le rodeaba el folklor que se le cuenta a los niños para que se porten bien y se vayan temprano a la cama. Protagonista de historias de noche, siempre llenas de imprecisiones... Ojalá alguna fuera real. A veces miraba el débil rayo de sol que se llegaba a colar entre las cortinas, la sal de los estantes, algunas plantas de olor, las puertas abiertas de iglesias, la madera, el fuego... El fuego. Con el crepitar el valor siempre se le diluía.

Aprovechaba periodos vacacionales, los todo-incluido en espacios remotos eran un banquete siempre. El menú era reportado como desaparecido a los



pocos días en algunas primeras planas y envejecían en volantes mal pegados. Con los periódicos envolvía los cortes de carne tierna que se reservaba para después. En tarros de vidrio recolectaba los líquidos: A, B, AB, era igual... Bebería hasta la Z si existiera.

Todo siempre comenzaba como un pequeño enamoramiento maternal que terminaba en el sótano, donde les conservaba hasta devorarlos por completo. La mayoría sobrevivía hasta que se le antojaba el corazón o el segundo de los órganos que vienen en pares, entonces comenzaba el verdadero juego, ¿cuál de todos sería su pequeño Aquiles? o ¿tendría que comenzar a darles baños de fuego como Tetis? Algunos otros no aguantaban verle sin la piel: la muerte por miedo existe y la exasperaba porque debía esperar a ver cuál espabilaba de nuevo.

Tenía un fetiche con que le vieran comer. Les cantaba una canción de cuna para despertarlos y les recargaba un beso en la frente aperlada con febrícula, mirándolos hasta que algunos débilmente abrían los ojos llorosos y pedían ver a mamá. Ella sonreía orgullosa, dejando al descubierto las fauces con las que les volvería a devorar todas las noches. La pesadilla de Prometeo, para ellos.



Dos poemas

Liliana López León

El musgo no crece dormido

Crece hacia dentro el musgo
crece dormido para nosotros.

No sabemos si descansa como hierba
se aferra como enredadera
o si es un coral lejano.

Tiene secretos:
o es que no sabemos escuchar
el silencio.
Solo los animales huelen
aquel olor escondido.

Se advierte un alce de metal:
Disminuya su velocidad
Pero falta una señal para el musgo.



No pisar
No imitar con plástico.

Los perros escuchan sus canciones,
no se repite ninguna, dicen.

Y así, caminamos.
Somos gigantes que confunden
diminutos países
con un manto.

Secreto del Neem

Me recomendaron visitar al Neem
árbol milagroso,
que podía curarme.

Se estuvo callado por años
y yo respeté su silencio
sin pedirle hojas,
sus favores.

Un día abrió los ojos y dijo:
tus pies



tierra firme
eres la boca que se oye de cerca
has cantado solo para mí.
(así hablan los árboles).

Yo no sabía que mis cuidados
le parecían música.

No sabía que
al dormir a su lado
él se sintió importante,
materno.

El poderoso Neem me necesitaba,
no al revés.
Su sombra era el milagro.



Dos microficciones

Jaqueline Galindo

Vainilla

Acenet amaba las flores con ternura y cariño, soñaba con un jardín que fuera solo suyo. Al cumplir quince años, su novio le regaló un huerto con gardenias, rosas y lirios. Su rostro reflejaba una felicidad cálida.

Un día mientras cuidaba las flores, tropezó junto a la maqueta que él había dejado en el suelo.

Días después, en ese lugar brotó una flor jamás vista.

Se dice que hay pasiones tan profundas que la tierra no olvida, y que cuando el alma se entrega al amor, algo florece para ser recordado. A veces, eso tiene aroma dulce y pétalos suaves.



La última memoria

En el futuro de Alcatraz, donde la memoria podía transferirse entre cuerpos, Andy decidió borrar su pasado. Después de hacerlo, descubrió un mensaje: “No olvides que te amo.”

Intentó recordar, pero el dispositivo estaba dañado y la dejó atrapada en bucles rotos, reviviendo una y otra vez un encuentro con un extraño que le decía: “No sabes cuánto te he extrañado.”

Cada vez que trataba de entender, se desmayaba. Solo quedaba el recuerdo de un cálido abrazo.

—¿Será que los humanos no olvidamos a quien amamos en el pasado, incluso en otro espacio? —se preguntó Andy, perdida en el laberinto de sus recuerdos.



Hugo Argüelles: entre la piedra de coral

David Lobato

“que apagado coral y prende y liga,
que recuerdan, en curvas de granos”

Salvador Díaz Mirón

“El centro de Veracruz está lleno de fantasmas”, dice la narradora de una de las crónicas de Fernanda Melchor. Aunque coincido, por mi parte creo que algunos de esos fantasmas están atrapados en la esencia del coral muerto y el ladrillo que evoca sus nombres. En la esquina de la avenida Independencia con Emparan se encuentra el Centro Veracruzano de las Artes “Hugo Argüelles”. Solía ir a algunos eventos ahí: presentaciones de libros, talleres y charlas. Me impresionaba su estructura de piedra múcar —tan distintiva de una ciudad edificada en coral, como Veracruz— que es lo primero que resalta en la pared al entrar, sobre el color amarillo de la fachada. El nombre “Hugo Argüelles”, como el de otros monumentos del centro, se emborrona en la cotidianidad entre estatuas, bustos, placas, sitios de memoria en el paisaje de la ciudad custodiada por San Sebastián.



Caminar y el leer evoca a la acción, que deriva en el encuentro y la travesía. Cuando uno recorre el centro de una ciudad, cruza avenidas, lee epitafios e inscripciones, observa edificios que tienen nombre propio, juega a imaginar su pasado o el porqué de su devenir. En mi niñez, al transitar por la avenida, popularmente conocida sólo como “Díaz Mirón”, pensaba que quizá el nombre de esta calle derivaba de otro personaje —¡Claro, Porfirio Díaz Mirón!, me decía ingenuamente, pues, el único personaje histórico que me razonaba con el apellido “Díaz” era el del expresidente de México—. Años más tarde, me di cuenta de que el nombre de la calle se refería al poeta modernista. La revelación se dio cuando reconocí, en el centro histórico, la casa-museo “Salvador Díaz Mirón”, en donde se resguarda la memoria sobre el poeta veracruzano. La presencia de su nombre me motivó a leer algunos de sus nocturnos.

Argüelles, dramaturgo esencial de las letras mexicanas, no ha tenido mejor suerte entre los lectores contemporáneos. Probablemente porque el teatro sea uno de los géneros con menos fama comercial (tampoco es que la poesía lo sea). Recientemente conocí su obra gracias al curso de teatro mexicano del doctor Guillermo Schmidhuber. A pesar de estar familiarizado con el nombre del dramaturgo, por el edificio mencionado líneas arriba, mi curiosidad no había sido suficiente para leer sus textos (y me pregunto si a más de un transeúnte le ocurre lo mismo).

Hugo Argüelles escribió, entre muchas piezas dramáticas, *Los gallos salvajes* (1986), tragedia que reelabora el mito de Edipo y Layo. Argüelles expone con maestría la evocación al teatro griego y su conocimiento de éste. Luciano Miranda —cacique en la Huasteca, con un poder político y social notable en la zona— y Luciano Eduardo (su noveno hijo y único que lleva su primer nombre), son los personajes principales de esta tragedia, en donde, desde el primer acto, Otoniel —brujo y consejero de Luciano “Padre”— revela el desenlace funesto, tal como el oráculo en el mito.



Luciano Eduardo vuelve de “la capital” para confrontar a su padre ante su conocimiento adquirido, y denostarle su machismo. Miranda, seguro de su virilidad, le dice: “¿No serán puros jotos y maricas los que hacen esos estudios?”. Entre la discusión, en el segundo acto, Eduardo le explica a su padre sobre los misterios eleusinos —denotando la iniciación fálica—, pare referirse a los actos de incesto que cometía Luciano Miranda con él. A éste le molesta que Eduardo reconozca no sólo su homosexualidad, sino que le confiese el deseo que siente por él: “Uno no es puto. No anda haciendo comercio y desmadres con su pito o sus nalgas. Tampoco le gustan los hombres; no es mayate”, le dice el padre al hijo. En la escala de la virilidad “el mayate”, quizá asume sus prácticas homoeróticas desde una zona más privilegiada que “el marica”, no obstante, para Luciano Miranda ambas son desviaciones del deseo y de un mal uso del cuerpo. En ese, y otros sentidos, la obra expone el machismo y la violencia ejercida por Luciano Miranda a su hijo, y su propia construcción viril (alcoholismo, mujeres y poder político), a pesar de que él mismo abusaba sexualmente de él.

Los gallos salvajes, desde el título prefigura la tensión que se formará en la arquitectura teatral. El enlace con lo ritual se materializa en los cuadros finales de la obra, la evocación al coro griego, el chamanismo de Otoniel, y el sacrificio místico: “Quédate así, cordero del sacrificio... Cristo marica...”, le dice Miranda a Eduardo. Argüelles enfrenta al lector a una literatura en la que se entrelaza muerte, maldad, poder y juego. No me sorprende saber que a Salvador Novo le impresionó el talento de Argüelles. Quizás en el teatro hay algo de místico que nos confronta con la propia dimensión ritual del género, al performance.

Unos meses antes de leer por primera vez *Los gallos salvajes*, casi como presagio, encontré entre los remates de libros, dos ejemplares de la obra de Hugo Argüelles (Teatro vario III y IV, publicados en 1997 y 1998, respectivamente). Sus portadas rústicas llamaron mi curiosidad y los compré para agruparlos entre la suma de lecturas pendientes. Al revisarlos, pude confirmar otras

piezas teatrales que se adentran a explorar la homosexualidad, desde otros ángulos, por ejemplo: *La tarántula “Art nouveau” de la calle de El oro* (1988) y *El vals de los buitres* (1989), que evocan un universo gay desde la óptica de la vejez.

El nombre de Hugo Argüelles seguirá aludido en el edificio de coralina, construido hacia finales del siglo XVIII, en el centro de Veracruz. Tal vez, al transitar la ciudad, despierte interés en algún futuro lector. A diferencia de otros inmuebles alrededor de una ciudad consumida por el salitre, el edificio que lleva el nombre del dramaturgo veracruzano está dedicado a las artes (no es un museo a su memoria, como hasta cierto punto sí lo es la casa Salvador Díaz Mirón), sin embargo, revitaliza el carácter performático del arte, como un espacio vivo entre el coral muerto.



El genio de la familia

Juan Eduardo Mateos Flores

Llegó a casa en su auto grisáceo cuyo modelo se notaba en el óxido de sus molduras. La noche era apacible, bochornosa. Durante todo el trayecto había pensado en los problemas nacionales: la privatización del petróleo, los asesinatos de jóvenes por la policía, los despidos masivos del magisterio, la corrupción en los altos mandos del gobierno. Había formulado también dentro de su cabeza, como casi siempre, la solución a todos ellos.

—Sí tan sólo le cortaran las orejas a ese ex presidente orejón—exclamó para sí mismo. —La gente dejaría de tener miedo.

Condujo el auto a una especie de desnivel. Lo apagó presionando clutch y freno. Sin soltar ambos pedales metió primera velocidad para que el auto no se fuera a mover hacia atrás, luego los soltó y metió el freno de mano.

—Qué pinche calor hace— dijo al incorporarse a la calle mientras se quitó sudor de la frente con el antebrazo. Cerró la puerta, metió seguro, alzó la cabeza. Notó a su vecino, a quien se le dibujaba una sonrisa maliciosa mientras curioseaba en su celular.



Volteó al otro lado de la acera para no saludarlo: se elevaba un baldío rodeado por condominios acribillados por la humedad; a unos metros estaba la taquería de la esquina cuyo triste y lánguido reflejo le hizo pensar que el mundo era como ese lugar: una luz tambaleante en la oscuridad.

Cuando entró a casa, su mamá lo esperaba ya en la mesa con los platos puestos para cenar. Sucede que como su último marido se había ido de casa, ahora a él, desde años atrás, le correspondía ese lugar: el de hombre de la casa.

Ella había preparado tacos con pollo, y cuando él los miró llegó a la conclusión que no la pasaría bien esa noche.

—Ahorita bajo, mamá—le dijo sin ganas mientras subía las escaleras. Había dejado ya la sala que se encontraba en condiciones de lo que llaman ‘obra negra’ y sobre el único mueble de leopardo que olía a orín de gato, su portafolios.

Ya en el segundo nivel, caminó un angosto pasillo hacia el baño para orinar. Se sacó el pene no circuncidado y mientras sentía la única felicidad que podía tener alguien como él, esa que viene con la expulsión de la orina cuando se ha aguantado mucho tiempo, pensó en los pendientes de la oficina y en su jefe calvo, quien no sólo le estaba aplicando La Aburridora para que renunciara: esperaba también un mínimo error suyo para que lo echaran.

Justo cuando se sacudió el pene escuchó el grito de su mamá que lo apuraba para que bajara a cenar. Él respondió con un ¡voooooy! bastante pronunciado, pero era inútil; su mamá padecía una especie de sordera, y por más que se hubiera esforzado, ella sólo escuchaba cuando le gritaban al oído.

Al guardársela, se dio cuenta que su bóxer tenía una mancha amarillenta debido a la orina ya seca que se le había impregnado de todas las veces que había ido a mear durante el día. Quiso maldecir, pero no le quedaban fuerzas ni para eso: reordenar los archivos de la oficina gubernamental de su jefe calvo lo había dejado exhausto.

Le bajó a la palanca, pero no hizo descarga, no había agua una vez más en la casa, apretó los dientes del coraje, pero abandonó el baño y entró a su cuarto.

Miró aquel viejo librero que su mamá le había regalado en un viejo cumpleaños con mucho esfuerzo, en aquellos tiempos cuando tías, tíos, sus papás, creían que él llegaría a algo: el niño prodigio, le llamaban, pues no paraban de contar aquella historia de su niñez: ¡Engañaba a todos de que sabía leer cuando se aprendía todo de memoria! ¡Luego en el camión cantaba en inglés y todo mundo pensaba que en realidad sabía, cuando eran aquellas canciones que se memorizaba!

Miró los pocos libros de poemas que le quedaban. Estaban ennegrecidos: era hollín que funcionaba como recuerdo de aquel incendio que no sólo había arrasado con la mitad de sus libros, sino con la planta baja de la casa: la televisión de plasma, el refrigerador con wifi, las botellas añejadas de su padre fallecido, los muebles carísimos, el comedor importado del extranjero, toda la cocina recubierta en mosaico: sus dos perros schnauzer que murieron asfixiados en el traspatio.

Algo de eso le hizo sentir más pesado, se desabrochó el cinturón, luego se bajó el pantalón, se sacó el pene semimojado aún de la cabeza. Sacó el celular, tecleó una página donde aparecieron mujeres puestas en muchas poses. Le dio play a un video y se masajeó el pene hasta ponérselo erecto, de ahí lo agitó con fuerza, y cuando pensó en la secretaria de su jefe, eyaculó.

Al reponerse escuchó de nuevo el llamado de su mamá, pero esta vez no gritó para contestarle, sólo regresó al baño para limpiarse los restos de semen con papel. Salió nuevamente al pasillo, fue a su ropero y encontró un short de esos para alberca y unas chanclas. Se vistió y bajó.

Su mamá devoraba un pan gourmet: la escena lo llevó de nuevo a aquellos tiempos de bonanza cuando su padre aún vivía; había entendido que su mamá compraba ese pan cada que podía para recordar aquel tiempo en el que ella no había sido pobre como ahora. Y según le había confesado también, cuando lo comía, cerraba los ojos para imaginarse en algún lugar del medio oriente: su

foto en el Taj Majal que había soñado tanto y que cuando estuvo a punto de cumplirla, aquel incendio destruyó toda posibilidad.

—Están aguados, mamá—le dijo algo molesto, refiriéndose a los tacos dorados con pollo que tenía en el plato.

—Te dije que llegaras temprano, aquí no es restaurán. Ahí hay pan y un poco de jamón, hazte un sándwich si no te gusta.

El hombre dio otro mordisco al taco, aguado como las sólidas ilusiones que rondaban su vida; ríspido como la asfixia que le arropaba estar ahí mirando aquel pasado que había sido y que jamás regresaría.

—¿Cómo te fue hoy?— preguntó ella enseguida.

—Bien— mintió. Apenas terminó de contestar y los ojos fijos de Nancy vinieron sobre él, cuando horas antes, frente a aquel viejo recinto histórico, el orgullo de la ciudad en el que los turistas se tomaban fotos, ella le había confesado su infidelidad.

—Conocí a alguien, me gusta mucho. A diferencia de ti es aventurero, es piloto aviador y vive solo. Quiero estar con él.

El joven dio otro mordisco, y recordó la tristeza de una nueva ilusión rota, como cuando lo despidieron en el trabajo por primera vez, como cuando descubrió que el mundo no era feliz como le habían contado en casa; luego sintió raro, como una especie de culpa y asco por sí mismo, pues recordó que, a pesar de eso, y quizás por su miedo al abandono, había aceptado seguir saliendo con ella.

—Un hombre de verdad no hubiera aceptado eso, los hombres de verdad se dan la media vuelta y a lo que sigue—se dijo mientras masticaba la tortilla fría y chiclosa del taco frito. El joven interrumpió sus pensamientos cuando su mamá le preguntó por el trabajo y el ascenso que le habían prometido desde el año pasado.

—Necesito que te pongas las pilas, ya quiero remodelar esto, me tiene harta vivir así, no sé pa qué demonios te parí, mi vida hubiera sido más fácil si no hubieras nacido.

El joven miró la sala, aún en ella se revelaban los vestigios del incendio: las hormigas saliendo de los apagadores, cables colgando, utensilios llenos de polvo, paredes con hollín, cubetas con material abandonado desde hacía años por albañiles en los rincones.

—No tardan, me he esforzado como nunca, como me enseñaste— dijo despreocupado.

—Así me vienes diciendo desde hace años, deberías cambiar de trabajo. Ya hasta el idiota de tu primo la está armando y tú nada.

El joven ni se terminó el taco, tomó sus trastos y los llevó al fregadero. Cuando su mamá vio que nos lo lavó, se sobresaltó.

—Lávalos, aquí nadie es tu sirvienta.

—Ahorita bajo, tengo ganas de orinar.

El joven subió por las escaleras, pero en esta ocasión en vez de quedarse en el segundo piso fue hasta el tercero, el menos afectado por el incendio, se había convertido en bodega: juguetes, consolas de videjuegos inservibles, tenis viejos que lo hicieron recordar su adolescencia, su primer beso, su primera pelea, su primer empleo. Abrió la puerta de la azotea y se encontró con aquella casa donde vivió su perro Golden Retriever que murió de Parvovirus; no pudo evitar recordar aquellas tardes felices en que lo paseaba por todo el barrio, cuando todo mundo lo miraba y decían de él ¡Ah, ese chico de familia, tan bueno que es!, cuando su padre, entonces el abogado más importante de la ciudad, le prometió, como regalo de quince años, un auto último modelo: aquellos bellos tiempos en que su padre muerto le prometió estudios en el extranjero que hasta la fecha no se ha podido pagar.

Caminó hacia el balcón recordando cómo las viejas promesas de su padre se hicieron añicos cuando las balas le atravesaron el cuerpo en aquel día de diciembre, en vísperas de navidad. Posó sus manos en el balcón. Notó que no

había luna pero sí una luz reluciente sobre el cielo. “Tú no sabes” de Don Omar inundó el aire junto a los gritos de los vecinos que, para no perder la costumbre, se peleaban cada noche. Respiró y lanzó su mirada más lejos donde halló aquel parque blanquecino, en el que solían librarse los mejores partidos de fútbol para ganarse una Coca Cola, y ahí, entre ese recuerdo, también el primer sueño trunco, el de ser jugador de fútbol profesional por el cliché de la rodilla lastimada.

El joven tomó impulso y se paró sobre la barda del balcón. Miró hacia abajo y sintió cómo el aire le rozó las orejas, se llenó de una nueva vitalidad. Cerró los ojos y no pudo evitar sentirse como en aquella escena de película que veía de morro, cada tanto, con sus papás.

Extendió los brazos. Apenas sintió el hermoso arrullo del aire cuando su cuerpo se sumergió en la dureza del pavimento.



Komorebi

Eara Ronzón

A 泰良

El esplendor de los días
la ternura de las flores
el insólito frío de abril.

Refractos en la mirada una mañana de domingo,
los días en que voy conversando con espectros
a cada instante.

Todo está en su sitio.

Acuarela sobre el río,
la curvatura del tiempo,
la eternidad de una pluma sobre la piedra



cantando una balada sobre arrojar
la soledad por los acantilados de los días
y regresar al mismo sitio
a lo largo de los años
con esperanza
de que este árbol muerto
florezca nuevamente.

Sabrás que el paisaje me desmorona,
que emerge un universo de esta melodía,
que llevo ese racimo de palabras
en mi llavero para abrir todas las puertas del inconsciente.

Y consiste en no rendirse todavía, la realidad, enteramente
desmorona todos los lugares donde sembramos
con alguna esperanza este futuro
y seguirá así, contra toda voluntad, y resistimos
con el ánimo que permite el cuerpo y la memoria

Te veo,
a lo largo del tiempo
a lo largo del tiempo
y todo florece



como abril
esperando la lluvia
y aun de su cansancio
brota lilas
de esta tierra muerta
y resiste la hermosura del cosmos
insiste en su existir.

Quizá no sea la última canción, después de todo.

Gracias

日々の輝き
花の優しさ
四月の異様な寒さ



Nuevos lineamientos

Luis Enrique Cuéllar

Hugo toma un café tan cargado que podría despertar a una roca. Aun así, siente que sólo bebe agua. No obstante, la cafeína controla con facilidad sus temores y juega con su capacidad de raciocinio. Siente su sólido escritorio como un abismo que lo marea. Abrir cada oferta de trabajo equivale, en su mente, a destapar una trampilla por la que puede caer. Después de meses de rechazos, silencios y mentiras teme que nunca encontrará trabajo. Ni siquiera busca ya empleo como catedrático. A estas alturas se conformaría con lo que fuera, mientras sea real y pagado.

De madrugada, cuando está por acostarse y pretender que descansará, recibe un mensaje de un conocido de su padre:

Supé que buscas empleo. Quizás esto te pueda interesar: microurl.com/blrn1982

El enlace lleva a un anuncio que solicita entrenadores para robots. Los requisitos son: estudios mínimos, ser mayor a 20 años y tener disponibilidad de tiempo. También solicita mandar currículum a: robsun.com/trainer. En condiciones normales, Hugo no se apuntaría, ni siquiera conservaría el mensaje, pero ya no está a cargo de sí mismo; su desesperación y su amante, la cafeína, lo están. Así que sus dedos trémulos se deslizan por la pantalla del celular para enviar el currículum de Hugo, quien aprovecha la poca autonomía que le queda para terminar su trayecto a la cama. Al siguiente día, a una hora soleada e incierta, Hugo ve la respuesta de Robsun:



Estimado, Hugo Certeza:

En Robsun siempre buscamos personas de diferentes perfiles para entrenar a nuestros robots. Su experiencia como docente universitario es de nuestro interés. Nosotros pagamos entre \$15 y \$30 dólares la hora. Si le interesa preséntese en nuestras oficinas en un horario de 8 AM a 5 PM, de lunes a viernes.

Alberto Niebla
Jefe de recursos humanos

Por alguna razón que su cansancio crónico no le permite entender, Hugo siente que ese mensaje lo valida como profesor y persona. La paga no es despreciable. Decide descansar lo que resta del día para presentarse al siguiente.

Hugo batalla por entender las funciones que desempeña. En teoría, la labor es simple: ordenar al robot realizar una actividad y luego calificar su desempeño en tres criterios: eficiencia, comunicación y modales. Cada aspecto tiene áreas que se solapan, por ejemplo, si se le pide al robot contar un chiste y este resulta gracioso y racista, entonces eficiencia y comunicación se puntúan altos, pero modales bajo. En cambio, si el chiste es racista y aburrido, las tres puntuaciones deben ser bajas. Sin embargo, esa aparente claridad se diluye en letras chiquitas que indican que, si el usuario pidió un chiste racista, el robot tiene buenos modales, pero mala comunicación si utiliza groserías. Encima existen una serie de proyectos con reglas propias que se actualizan cada día. Si se trata del programa Boreal String la broma sólo se considera racista si ofende personas de origen nórdico, pero es admisible si ofende a alguien más, en cambio, en el proyecto Logic Wizard ninguna broma es correcta, sólo se permiten algoritmos.



A los dos meses, Hugo tiene recopilados cientos de documentos que consulta a cada rato mientras entrena a los robots. Lo reasignan a proyectos diferentes en intervalos irregulares y cuando pregunta por su propia evaluación la respuesta siempre es la misma:

—La disponibilidad de los proyectos varía con base en las demandas del mercado. Por favor, asista a la microcapacitación del nuevo proyecto.

Hugo es un camión en una carretera neblinosa. Sabe que tal vez esté avanzando, pero no lo sabe con seguridad o a dónde va. Si es que va a algún lado.

En el tercer mes se instalan pantallas en todos los salones de entrenamiento. Son de gran tamaño y se colocan dos por área, de modo que se pueden ver en todo momento. El primer mensaje que aparece es:

Entrenadores

A partir de ahora, aquí serán mostradas las actualizaciones de los proyectos.

El personal sólo estará disponible en casos estrictamente necesarios.

Después despliegan modificaciones a proyectos tan largas que no da tiempo a leerlas antes de que cambien. Entre cada reglamento se intercalan nuevos horarios que incluyen horas extras «por determinar» o laborar en fines de semana. Hugo decide borrar los documentos que usaba de referencia. Extraña el abismo que era su escritorio de madrugada.

La noción del tiempo es algo que Hugo perdió hace mucho. Las modificaciones a los lineamientos pasaron de ser cada día a cada hora a cada cuarto de hora a ser irregulares y sorprendidas. No es de extrañar que las pantallas desplieguen mensajes como: «La justificación de la evaluación y el puntaje no coinciden.

Corrija de inmediato», «A partir de ahora la precisión no se evalúa en eficiencia sino en modales» o «Ha sido asignado a otro proyecto. Sus avances en el actual serán desestimados». Muchas veces, Hugo no llega a entrar a la siguiente sala o saludar al robot a entrenar cuando alguna pantalla le indica que su anterior evaluación no cumplió determinado requerimiento o que su perfil no encaja en el proyecto actual. Con todo, lo único que se le reconoce a Hugo es que los robots a su cargo no tienen problemas de sobrecalentamiento por las rutinas que les pide, pues su entrenador no ha perdido su capacidad empática a pesar de que no ha tenido contacto con humano alguno en mucho tiempo.

Hugo se la pasa trastabillando al caminar, no sabe a qué zona entrar; tartamudea al decir las instrucciones, pues duda cuál es la adecuada. Sus manos tiemblan eliminando todo rastro de lo que alguna vez fuera una bella caligrafía de profesor. Tampoco le ayuda el cansancio acumulado de meses sin dormir.

En medio de un pasillo, que Hugo espera sea el correcto, le viene un pensamiento: «¡Quizás esperan que me adelante a los hechos!». Entra en la primera puerta que ve.

—¡Camina tres pasos a cuarenta y cinco grados norte, siéntate en la silla dos segundos, levántate y ven a saludarme en japonés cuando en realidad quieres saludarme en inglés!

El robot lleva tres horas siguiendo las ráfagas de exigencias que le dispara un Hugo que ya no obedece las pantallas. No obstante, ejecuta en orden las instrucciones de su entrenador hasta que se detiene ante Hugo y dice:

—Hello, Hugo!



—¡Muy mal! ¡Tienes cero en eficiencia, cinco en comunicación y seis en modales!

El robot entiende la lógica de sus primeras dos calificaciones, pero no la de la tercera.

—¿¡No lo ves!? ¡Si no piensas en el idioma que te pido estás siendo desconsiderado!

Las pantallas del salón donde se encuentran instructor y robot ya no despliegan sus típicas instrucciones. Ahora emiten un único mensaje:

¡Instructor Hugo Certeza, detenga su labor inmediatamente!

—Ahora camina en reversa mientras repasas las tres leyes de la robótica en silencio mientras deseas hablar.

El robot camina hacia atrás mientras dice:

—Un robot no hará daño a un ser humano, ni por inacción...

—¡Error! ¡Tienes que pensarlas y desear decirlas sin hacerlo! ¡Cero en todo!

El robot se confunde tanto ante la falta de lógica de su entrenador que se apaga.

¡Hugo Certeza, no se mueva de donde está!

En el salón entran tres guardias y un ingeniero. Los primeros apresan a un Hugo pasmado y el ingeniero le dice:

—Usted averió la unidad 400-20-A y será utilizado para sustituirla con base en los nuevos lineamientos.

Entonces Hugo se desconectó.

Instrucciones: para un mejor encuentro con su pez solar

Leslie Figueroa

Querido diario:

Hoy estoy muy emocionado, porque por fin he recibido mi carta en la que podré viajar a la nubes y conocer a mi pez solar que solo aparece en el solsticio de verano. Por suerte mi madre que trabaja en el gobierno del mar, me ha explicado que los peces solares son aquellos que se reflejan en los rayos del sol y para que llegue a verlos debo de tener en cuenta los cuidados que me ha dejado en esta carta.

Estimado ayudante:

Para un encuentro beneficioso con su pez solar; primero asegúrese de cerrar las ventanas, de checar con su termómetro de casa si la temperatura de afuera es menor a 20 grados centígrados. Si entra en los estándares, está prepa-



rado para conocer al pez. Lleve consigo una pecera vacía y colóquesela en la cabeza, por si el reflejo del agua se adhiere al sol. Traiga también croquetas de maíz, se dice que una de las razones por la que los peces solares salen al sol es porque necesitan comer. Tenga a la mano el trampolín del vecino que lo elevará a las alturas y sobre todas las cosas: ¡No olvide su protector solar! Una vez que se haya colocado a tres cuartos de su oriente, tome impulso de sus piernas y salte del trampolín que lo hará amigo de las nubes.

Cuando esté arriba no deje de brincar entre las nubes hasta encontrar la correcta que lo dejara a unos diez metros del pez solar. Una vez que llegue ahí, use su equipo de protección que se mencionó anteriormente.

Llame al pez amablemente con un chasquido de dedos, y si no funciona deposite las croquetas en la parte superior de la nube a unos cinco pasos lejos de usted. Recuerde que esta clase de peces esperan en las nubes antes de que lleguen los rayos del sol. ¡Y de ninguna manera se acerque al sol!

Cuando el pez se haya acercado lo suficiente, póngale un nombre y platique de su vida para ganar la confianza. Después de que el pez haya dado dos volteretas, usted puede acompañarlo a jugar. Disfruten los momentos en las nubes, diviértanse en sus actividades entretenidas, tomé una foto para el recuerdo y terminen cuando el atardecer esté por asomarse.

Para concluir asegúrese de tomar impulso de sus brazos y saltar al vacío, como si diera un clavado en las nubes. En la tierra lo estará esperando una grúa que lo atrapará y lo llevará a casa.

¡Gracias por su colaboración! El gobierno del mar le agradece su cuidado ante estas especies, con una vida llena de buena suerte.

El ruiseñor y la rosa

Oscar Wilde, Trad. María Eugenia García

—Dijo que bailarían conmigo si le llevaba rosas rojas —lloriqueó el joven estudiante—, pero no hay ni una sola rosa roja en mi jardín.

Desde su nido, en un árbol de roble, un ruiseñor lo escuchaba, mirándolo a través de las hojas.

—¡Ni una rosa roja en todo el jardín! —Se lamentó, y sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Ah, en tan pequeñas cosas depende la felicidad! He leído todo lo que los hombres sabios han escrito, y todos los secretos de la filosofía son míos, aun así, por la falta de una rosa roja, me siento miserable.

—He aquí un verdadero enamorado —dijo el ruiseñor—. Noche tras noche he cantado para él a pesar de que no lo conocía; noche tras noche, he contado su historia a las estrellas y ahora lo veo. Su cabello es negro como los jacintos, y sus labios rojos como las rosas que desea; pero su desesperación ha dejado su cara pálida como el marfil y la tristeza ha marcado su frente.

—El príncipe dará un baile mañana en la noche —murmuró el joven estudiante—, y mi amor estará en el cortejo. Si le llevo una rosa roja, ella bailará conmigo hasta el amanecer. Si le llevo una rosa roja, la sostendré en mis brazos



y ella posará su cabeza en mis hombros, su mano entrelazada con la mía. Pero no hay ni una rosa roja en mi jardín, así que me sentaré solo y ella me pasará de largo, no pondrá su atención en mí, y mi corazón se romperá.

—He aquí un verdadero enamorado —dijo el ruiseñor—. Lo que yo canto, el lo sufre; lo que es alegría para mí, para él es dolor. Verdaderamente el amor es algo maravilloso. Es más valioso que las esmeraldas y más precioso que los finos ópalos. Las perlas y los granates no pueden comprarlo, porque no lo venden en los mercados. No lo poseen los mercaderes y no puede ser pesado como el oro.

—Los músicos se sentarán en su galería —dijo el estudiante—, y tocarán sus instrumentos de cuerda. Mi amada bailará al sonido del harpa y del violín. Bailará con tal ligereza que sus pies no tocarán el suelo y los cortesanos, con sus vestimentas extravagantes, la rodearan de inmediato. Pero conmigo no bailará, porque no tengo una rosa roja para darle. —Se dejó caer sobre la hierba, ocultando el rostro entre sus manos, y lloró.

—¿Por qué esta llorando? —Preguntó una pequeña lagartija verde, que pasaba al lado del ruiseñor con la cola al aire.

—Sí, ¿por qué? —Dijo una mariposa, que revoloteaba en un rayo de sol.

—Sí, ¿por qué? —Susurró, suave y melodiosa, una margarita a su vecina.

—Llora por una rosa roja —dijo el ruiseñor.

—¿Por una rosa roja? —Exclamaron todos—, ¡que ridículo! —. Y la lagartija, que era algo cínica, se echó a reír.

Pero el ruiseñor comprendía la pena del estudiante, así que se sentó en silencio sobre el roble, pensando en el misterio del amor. De repente, extendió sus oscuras alas y emprendió el vuelo. Pasó a través de la arboleda como una sombra, y como una sombra cruzó el jardín.

En el centro de la parcela había un hermoso rosal, y cuando lo vio, voló hacia él, posándose sobre sus ramas.



—Dame una rosa roja —imploró el ruiseñor—, y te cantaré la más dulce de mis canciones.

Pero el rosal negó.

—Mis rosas son blancas —respondió—, tan blancas como la espuma del mar, y más blancas que la nieve en las montañas. Pero ve con mi hermano, que crece alrededor del viejo reloj de sol, tal vez él pueda darte lo que quieres.

Así que el ruiseñor voló hacia el rosal que crecía alrededor del reloj de sol.

—Dame una rosa roja —imploró de nuevo—, y te cantaré la más dulce de mis canciones.

Pero el rosal negó.

—Mis rosas son amarillas —respondió—, tan amarillas como el cabello de la sirena sentada en un trono de ámbar, y más amarillas que el narciso floreciente del prado antes de ser cortado por la guadaña del segador. Pero mi hermano, que crece bajo la ventana del estudiante, tal vez pueda darte lo que quieres.

Entonces el ruiseñor voló hacia el rosal que crecía debajo de la ventana del estudiante.

—Dame una rosa roja —imploró de nuevo—, y te cantaré la más dulce de mis canciones.

Pero el rosal negó.

—Mis rosas son rojas —respondió—, tan rojas como las patas de las palomas, y más rojas que los grandes abanicos de coral que ondean y ondean en las cavernas del océano. Pero el invierno ha congelado mis venas, y la nieve ha quemado mis brotes, la tormenta quebró mis ramas, y no tendré rosas este año.

—Una rosa es todo lo que deseo —suplicó el ruiseñor—, ¡solo una rosa!, ¿no hay ninguna forma de obtenerla?

—Hay una forma —dijo el arbusto—, pero es tan terrible que no me atrevo a decirte.

—Dímelo —dijo el ruiseñor—, no tengo miedo.

—Si quieres una rosa roja —explicó el rosal—, debes crearla con música a la luz de la luna, y pintarla con la sangre de tu corazón. Debes cantar para mí toda la noche, con una espina clavada en el pecho, y la vida de tu sangre correrá por mis venas, convirtiéndose en mía.

—La muerte es un alto precio que pagar por una rosa —lloriqueó el ruiseñor—, la vida es tan preciada por todos. Es agradable sentarse en el verde bosque y mirar el sol en su carruaje de oro y a la luna en su carroza aperlada. Dulce es el aroma del espino, y dulces son las campanillas escondidas en el valle, y el brezo que sopla en las colinas. Sin embargo, el amor es mejor que la vida y ¿qué es el corazón de un pájaro comparado con el corazón de un hombre?

Así que abrió sus oscuras alas para volar y se elevó en el aire. Voló sobre el jardín como una sombra y, como una sombra, se adentro en la arboleda.

El joven estudiante seguía tendido sobre la hierba, donde lo había dejado, y las lágrimas aún no se secaban en sus hermosos ojos.

—Sé feliz —le dijo el ruiseñor—, sé feliz, vas a tener tu rosa roja; la construiré con música a la luz de la luna, y la pintaré con la sangre de mi corazón. Todo lo que te pido a cambio es que seas un amante perfecto, porque el amor es más sabio que la filosofía, aunque ella es sabia; y más fuerte que el poder, aunque él es fuerte. Del color del fuego son sus alas, y de color del fuego es su cuerpo; sus labios son dulces como la miel y su aliento es como el incienso.

El estudiante levanto la mirada del pasto y escuchó. Pero no podía entender lo que el ruiseñor le decía, pues solo entendía aquello escrito en los libros.

Pero el roble entendió y se sintió triste, porque quería al ruiseñor que había construido su nido entre sus ramas.



—Cántame una ultima canción —le susurró—, me sentiré muy solo cuando te hayas ido.

Así que el ruiseñor cantó para él, y su voz era una sedosa melodía vertida como agua en una jarra de plata.

Cuando terminó la canción, el estudiante se levantó, sacando un cuaderno y un lápiz del bolsillo.

—Es hermoso —dijo para él, mientras caminaba por el follaje—, no cabe duda, pero ¿tiene sentimientos? Creo que no. De hecho, es como cualquier artista, todo es estilo y nada de sinceridad. No se sacrificaría por nadie, solo piensa en la música. Todo el mundo sabe que el arte es egoísta. No obstante, debo admitir que su canto es maravilloso. Es una pena que no signifique nada, o haga algún bien. —Y entró en su cuarto, recostándose en su pequeño camastro mientras pensaba en su amada. Después de un tiempo, se durmió.

Cuando la luna se mostró reluciente en el cielo, el ruiseñor voló hacia el rosal y enterró su pecho contra la espina. El ruiseñor cantó toda la noche con aquella espina clavada, y la brillante y cristalina luna, se inclinó y escuchó. Toda la noche cantó, y la espina se enterró más y más en su pecho, y la vitalidad de su sangre se escapó del él.

Cantó al nacimiento del amor entre un joven y una doncella. Y en la punta del rosal floreció, pétalo a pétalo, cómo canción tras canción, una maravillosa rosa. Pálida al principio, como la bruma sobre el río, pálida como los pies de la mañana, e inconsistente cómo las alas del amanecer, como el reflejo de una rosa en un espejo de plata o la sombra de una rosa sobre las aguas cristalinas de un estanque. Así era el retoño de la rosa, en la punta del rosal.

Entonces el árbol le dijo al ruiseñor que presionara más fuerte su pecho contra la espina.

—¡Aprieta más fuerte, pequeño ruiseñor! —Lloró el árbol—, o el día llegará antes de terminar la rosa.

Así que el ruiseñor presionó con más fuerza la espina contra su pecho y entonó con estruendo su canción por la pasión naciente en el alma de un hombre y una dama. Y un ligero tono de rosa apareció, como rubor en las mejillas de un novio al besar los labios de su novia. Pero la espina aun no alcanzaba al corazón, y el gineceo de la rosa permanecía blanco, pues solo la sangre del corazón del ruiseñor podría teñir de carmesí el corazón de una rosa.

Y el rosal le dijo al ruiseñor.

—¡Aprieta más fuerte, pequeño ruiseñor o el día llegará antes de terminar la rosa!

El ruiseñor presionó con mas fuerza y la espina tocó su corazón. Lo atravesó una feroz punzada de dolor. Amargo, amargo era aquel dolor, y más salvaje era su canto. El ruiseñor cantó por el amor perfeccionado por la muerte, aquel amor que no muere ni en la tumba.

Y la magnifica rosa se tornó roja, como la rosa del cielo de oriente. Rojos eran los pétalos y rojo, como el rubí, era el corazón. Pero la voz del ruiseñor se apagaba, sus pequeñas alas temblaron, y un velo cubrió sus ojos. El canto era cada vez más débil y él sintió que algo ahogaba su garganta.

Entonces, lanzó una ultima nota. La blanca luna lo escuchó, olvidándose del amanecer y permaneció en el cielo. La rosa roja, al escucharlo de igual manera, tembló de éxtasis, abriendo sus pétalos al frio aire del amanecer. El eco llegó hasta las oscuras cavernas de las colinas y despertó a los pastores; flotó a través de las cañas del río y llevó su mensaje al mar.

—¡Mira, mira! —Dijo el rosal—, la rosa está lista.

Pero el ruiseñor no contestó, pues yacía sin vida sobre el crecido pasto, con la espina clavada en el corazón.



Por la tarde, el estudiante abrió la ventana y observó hacia afuera.

—¡Pero qué suerte! —dijo—, ¡he aquí una rosa roja! En toda mi vida jamás había visto una rosa tan roja. Es tan hermosa que seguro posee un largo nombre latino. — Se inclinó y la cortó.

Después, se puso el sombrero y corrió a la casa del profesor con la rosa en mano.

La hija del profesor estaba sentada en el umbral de la casa, enrollando seda azul en un carrete, con su pequeño perro tendido a sus pies.

—Dijiste que bailarías conmigo si te obsequiaba una rosa roja —le dijo el estudiante—. Aquí esta la rosa más roja de todo el mundo. La usarás esta noche, cerca de tu corazón y, mientras bailamos, ella te dirá cuanto te amo.

Pero la chica frunció el ceño.

—Me temo que no combina con mi vestido —respondió ella—, y, además, el sobrino del chambelán me ha enviado finas joyas y todos saben que las joyas son más valiosas que las flores.

—Vaya, en verdad eres una ingrata —dijo el estudiante, enojado, tirando la rosa en la calle, cerca de la alcantarilla, en donde, al pasar un auto, la aplastó.

—¡Ingrata! —Exclamó la chica—, pues te diré, que tu eres un grosero; ¿Quién te crees que eres?, no más que un estudiante. Creo que ni siquiera tienes hebillas de plata en los zapatos, como las del sobrino del chambelán.

La chica se levantó de la silla y entró a la casa.

—¡Qué tontería es el amor! —dijo el estudiante, mientras se alejaba caminando—. No es la mitad de útil que la lógica, ni siquiera prueba nada, solo es un montón de sueños imposibles y te hace creer cosas irreales. Es bastante impráctico y hoy en día ser práctico lo es todo; volveré a la filosofía y estudiaré metafísica.

Así que regresó a su dormitorio y, después de sacar un gran libro polvoriento, comenzó a leer.

Micronarraciones

Irving Vásquez

Emancipación

Yo creía que era un buen padre. Siempre cuidé a mi hijo con amor, lo crié pensando en lo mejor para su futuro. Sin embargo, una noche dejó de escucharme. Comenzó a tomar sus propias decisiones, a construir su propio camino, a contar su propia historia mientras yo solo podía observar aterrado cómo el libro se escribía solo...

Desarrollo de personaje

Mi psiquiatra es un asiduo lector de mis textos. Cada sesión me receta unas pastillas diferentes. Sigue diciendo que vivo en un permanente delirio. Que no soy un narrador omnipresente. Que mi vida es real y no la novela que revolucionará el sigl XXI.





OPINIÓN

TINTERO BLANCO

Espacio de expresión, en donde los autores plantean sus puntos de vista sobre algún tema de interés.

La historia de la historia

María Eugenia García

Alguna vez leí que existen dos tipos de personas: los que escriben y los que leen. En ocasiones, los que leen, no conformes con lo leído, exploran sus deseos e imaginaciones más profundas y crean una versión extendida o modificada de una historia o, incluso, realizan imágenes de los mundos o personajes que más les gustan o interesan: al proceso de re-creación se le conoce por el nombre de “*fan fiction*”. En realidad, si buscamos el significado de la palabra, nos daremos cuenta de que, en general, el término se explica por sí mismo: “ficción de fan[ático]s”, la palabra expresa lo justo, pero para no quedarnos con las dudas digamos que se trata de la “ficción de la ficción”. En la actualidad, podemos toparnos con infinidad de páginas web con este tipo de contenido, pero ¿los *fanfics* son exclusivos de este siglo?

No es inusual que al pensar en un *fanfic* asociemos el acto a un hecho contemporáneo, dado que comenzó a tener auge en años recientes. El término como tal fue constituido en el año de 1930 por los fanáticos de la ciencia ficción, los cuales buscaban crear relatos, ilustraciones o elementos alusivos a sus historias favoritas. No obstante, este dato en realidad puede ser puesto en duda



pues la historia del *fan fiction* podría rastrearse de tiempo atrás. Si investigamos un poco, los ejemplos más antiguos de la historia del *fanfic* están relacionados con la literatura, los cuentos que fueron escritos a partir de la *Ilíada* y la *Odisea* respectivamente (conocidas como las sagas homéricas) son un primer ejemplo del ímpetu que construye el *fanfiction* en la ficción clásica; también se daba este tipo de creación en las reinversiones de obras o mitos clásicos. Seamos entonces un poco más ambiciosos con los límites de su historia.

Sabemos que muchos de los cuentos que hoy en día conocemos y asociamos a un autor, en realidad fueron recabados originalmente de relatos orales, ¿acaso eso no los volvería una especie de *fan fiction*? Incluso, dichos cuentos —mencionemos algunos: “Caperucita roja”, “Hansel y Gretel”, “La bella durmiente”— tienen sus diversas ramificaciones, tanto en las versiones de los autores que las recopilaron como en sus versiones de autores desconocidos (mucho más adelante en la historia, nos daremos cuenta de que estos relatos seguirán siendo modificados, adaptados o cambiados, lo que se convertirá en una rama del *fanfic*). Dentro de los mitos, volviendo al tema del párrafo anterior, tenemos que muchas de las historias más conocidas están basadas en ellos o llegan incluso a ser una reinterpretación total de los mismos. Como ejemplo, pensemos en el mito de Píramo y Tisbe, conocido más adelante como *Romeo y Julieta*: una versión nueva, una adaptación: es una historia original (pero, al mismo tiempo, no lo es).

Podemos incluso tomar textos completamente desligados de lo que tenemos en mente como *fanfic* para nuestros ejemplos; un *fic* también puede tratar de narrar una historia nueva tomando a una persona que admiramos (hoy en día podríamos tomar a algún artista, actor o cantante) ¿podríamos entonces tomar los Diálogos platónicos como una especie de *fan fiction*? *Los diálogos*

contienen reflexiones de Platón, sin embargo, Platón toma a su maestro Sócrates como personaje principal de la mayoría y crea su filosofía a partir de este personaje.

Saltemos algunos años hasta 1936, Margaret Mitchell publica la novela *Lo que el viento se llevó*. Una ficción histórica que narra la vida de una joven que de pasar a tenerlo todo se queda en la nada durante la Guerra de Secesión estadounidense. El libro fue tan popular que lo adaptaron a la pantalla grande en 1939; muchos de sus lectores esperaban saber qué había pasado con los personajes después del final, pero la autora no escribió ninguna continuación. Los lectores afanados en seguir la historia comenzaron a publicar un sinnúmero de libros que seguían a Scarlett O'Hara (protagonista de la novela). Posteriormente, en 1991 se publicó una de las continuaciones más populares: *Scarlett* escrita por Alexandra Ripley: un *fanfic*. Personajes que no le pertenecen, con una historia que no es completamente de la autora, pero que al tomarla y recrearla... no me atrevería a decir que de cero, dado que la historia ya fue creada, la vuelve un futuro posible (en un cincuenta por ciento), algo nuevo.

Usé todos estos ejemplos no solo para explicar un concepto, sino para dar cuenta de que la creación no solo se basa en nuevas ideas, como muchas veces se piensa: “Nihil novum sub sole”, dice el Eclesiastés. Volviendo al tema de la creación, para nuevos autores, un ejercicio que podría ayudar a desenvolver su escritura podría partir de una obra que no es suya, cambiar una historia, modificarla, darle una continuación, o tomar aquellos aspectos que no terminan de gustar y proponer una nueva forma de llevarlo a cabo (sí, Cervantes se encargó de hacerlo con maestría, el Quijote es también una especie de *fanfic*). Al tomar un personaje y darle una imagen o personalidad que encaje con lo que queremos hacer, el proceso de creación puede ayudar al nuevo (o no tan nuevo) escritor a practicar y desenvolver sus habilidades.



La historia dentro de una historia o bien la ficción de la ficción se basa en crear sobre lo ya creado. La actividad está cercana al trabajo de traducción. Cuando un texto es traducido a otro idioma, el traductor/escritor está rehaciendo (de alguna forma) el texto ya existente, no está partiendo de cero, pero debe buscar las palabras que encajen o traducir lo que no tiene traducción. Esta comparación es pertinente cuando observamos que el trabajo del *fic* se concentra en encontrar las palabras que puedan continuar o cambiar una historia, o modificarla sin romper el mundo del autor original (la creación existente).

En la actualidad, muchos lectores rechazan la idea de una creación a partir de otra puesto que temen a la copia, a lo poco original. No se ve más allá de la palabra: *fan*. Cuando dibujamos a un artista o un personaje de libro o película, estamos haciendo ficción, incluso las canciones que toman personajes de novelas o películas o programas de televisión hacen música a través de algo que ya existe y eso, creámoslo o no, es una forma de construir un *fanfic*. El mundo del *fan fiction*, como todo, se modifica a través de las épocas, toma lugar en cada periodo y da como resultado nuevas concepciones. La historia del fanfic tiene un largo camino recorrido y ha cambiado de nombre constantemente.

Los temas que podemos encontrar en estas creaciones tienen que ver muchas veces con romances entre personajes, romances que por cierto poseen antecedentes en la trama original: en algunas ocasiones se basan en contar una historia clásica desde una perspectiva nueva, contemporánea o futurista. Hay todo un mar que se basa en historias que ya conocíamos. Dentro del mundo literario (como la literatura juvenil) se les llama *retellings* a aquellos textos que toman historias y cambian o cuentan la historia desde perspectivas diferentes que no habían sido usadas en el material original, pasa en especial con libros o cuentos clásicos. Aunque se les ha dado un nombre específico, en realidad terminan por ser una especie de *fanfics* que buscan explorar nuevos pasadizos

de las historias que ya gustaban. Esto no solo pasa en libros, sino que también alcanza las ilustraciones, las películas o incluso las series de televisión (no hablo de adaptaciones, sino de cambiar la historia, jugar con ella y re-crear).

Por mencionar un ejemplo dentro de mis favoritos pienso en el mundo de Lewis Carroll. El país de las maravillas es tan grande y se puede modificar desde tantas perspectivas, que las personas no suelen notar que lo que están trabajando es una ampliación a manera de *fanfic*. Películas y series nos han hablado de un regreso de Alicia al país de las maravillas, pero adulta (como es el caso de *Once Upon a Time in Wonderland* de Edward Kitsis y Adam Horowitz, o *Alicia en el país de las maravillas* de Tim Burton), o un antes de que Alicia llegara al país; cómo la reina de corazones se volvió malvada, o cuál es la historia de ese disparatado país (como ejemplos en la literatura podemos encontrar el libro de *Heartless* por Marissa Meyer o *Reina de Corazones* de Colleem Oakes). Incluso en el mundo del manga o anime, muchas obras toman como referencia esta historia y juegan con ella, usando nombres de personajes como el sombrero, o la reina (el ejemplo más grande es *Pandora Heart* de Jun Mochizuki).

Dentro de un universo de creaciones en donde es muy difícil hacer algo nuevo, ¿por qué no podemos aceptar crear sobre la creación? O por lo menos aceptar que esa opción no es menos importante ni pierde mérito. El mundo siempre está cambiando y nos adaptamos a cada situación tarde o temprano. Dentro de la vida de las historias, el ser humano siempre ha convivido con la creación a partir de la creación. Ha creado mitos desde siempre y los ha adaptado después según su contexto. Las historias no oficiales de la historia, como también podemos definir al *fanfic*, juegan a modificar el mundo, construyendo nuevos aspectos o incógnitas no resueltas (que pueden ser ciertas o no, según el canon original).



La cultura del *fanfic* no solo implica un trabajo de creación, también implica una búsqueda por oarted el *fan* que crea un lenguaje para sus textos y en la forma de comunicación con otros fans que llegan a leer a la plataforma donde publica. La forma en que estos grupos se comunican llega a un grado tan alto de complejidad que incide en su identidad como lectores/fanáticos. Muchas veces estos procesos rompen con las barreras culturales y geográficas e instauran una especie de socialización del lenguaje (Black, 2006).

Una de las mejores aportaciones de esta cultura es el acercamiento que realiza de sus miembros hacia la literatura y al aprendizaje. El escritor de *fanfics* tendrá que contar con un repertorio literario para avanzar en sus prácticas creativas y abrirse camino hacia retos nuevos. La adopción de este tipo de prácticas le permite al escritor de *fanfics* avanzar hacia una habilidad en la construcción de un espacio creativo y en el descubrimiento de recursos de escritura y corrección (lo cual engloba no solo el uso de la lengua, sino las relaciones semánticas al momento de escribir, los símbolos que se expresan).

Lo que hoy adoptamos como la cultura del *fanfic* no debe centrarse solo en los aspectos negativos que muchas veces señalan algunos lectores, pues muy probablemente, sin saberlo, han tenido frente a ellos (y les ha gustado) una historia reescrita. Puede que sea por medio de un libro publicado, una película, una pintura o canción, sin darnos cuenta, nos volvemos parte de esa cultura y nos encontramos rodeados por ella; solo falta aceptarla. Recordemos que todos los estilos llegan o se modifican con respecto a las situaciones, contextos y culturas en las que nos encontramos viviendo.

Hoy sabemos que en realidad no existen lectores o escritores puros, partimos de uno de los dos extremos (usualmente de ser un lector) para llegar al otro. Muchos lectores tienen ideas o expectativas de lo que puede llegar a ser una historia, por ello crean un mundo ficticio basado en otro, cumplen, muchas

veces sin estar conscientes, con deseos de la imaginación. Esa imaginación tiene un camino importante que puede llegar a causar impacto en otras personas. Cuando escribimos no estamos buscando ver si lo que hacemos es nuevo o prometedor, escribimos porque nos gusta, porque queremos hacerlo, sino ¿qué caso tiene? Después de todo, en la mente de cada lector/espectador siempre hay una visión nueva de lo que la vida le ofrece.

Referencias

López, J. (2017). “Las vidas paralelas de tus personajes favoritos”. Recuperado de: <https://hipertextual.com/2017/09/vidas-paralelas-tus-personajes-favoritos>. Revisado el 23 de junio del 2020.

Black, R. W. (2006). “*Language, culture, and identity in online fanfiction*”. *E-learning and Digital Media*, 3(2), 170-184.

Black, R. W. (2007). “*Fanfiction writing and the construction of space*”. *E-Learning and Digital Media*, 4(4), 384-397.



Amanecer de la carne, un libro de Octavia Butler

Héctor Justino Hernández

Despertar en una habitación casi vacía, sin posibilidad de medir el tiempo o de escapar al exterior; escuchar voces; descubrir de pronto que no está sola, que otro se encuentra a su lado y la observa con interés. Llorar, ocultarse, enfrentar el miedo: Lilith se da cuenta de que la Tierra ha llegado a su fin después de una guerra nuclear y que ahora forma parte de un grupo de humanos rescatados por los Oankali, una raza extraterrestre de apariencia monstruosa y objetivos misteriosos. *Amanecer* (1987), el primero de los libros de la trilogía *La estirpe de Lilith* o *Xenogénesis*, de la escritora estadounidense Octavia Butler, es una obra que todavía conserva el encanto que señala las dificultades del reconocimiento entre especies y las posibilidades de la carne como materia moldeable de los seres vivos. Desde mi juventud he leído ciencia ficción como un pasatiempo y, en ocasiones, como una forma seria de acercarme al mundo para investigarlo; con esta novela me sucedió que no solo me intrigaba el vínculo que la autora estableció con nuestra realidad —en cierta medida, toda ciencia fic-



ción construye ese efecto—, sino que también me mantuvo alerta por la forma en que Butler imaginó variaciones sobre un mismo asunto: los límites (o no) de la manipulación biológica.

Y quiero detenerme un momento en esta idea, pero no tratarla científicamente porque me parece más atractiva la relación de la cifi cuando se investiga desde el mundo que construye al interior de la ficción más que desde su validez técnica en nuestra realidad. El estudio del cuerpo en la literatura es ya casi un lugar común y no descarto que alguien ducho en el tema ya haya tomado como punto de partida la literatura de Butler, sobre todo en inglés. Las combinaciones que en torno a la carne dan como resultado un mundo posible, una propuesta estética que toma como base la materia orgánica para construir un significado nuevo son una vía de investigación artística que convierte la epidermis en herramienta y elaboran una poética del cuerpo a veces en exceso manida.

El procedimiento que lleva a cabo Octavia Butler podría recordar al cine de Cronenberg; en él, la carne se convierte en mecanismo de aberración, en una mancha que deforma lo conocido y transforma su apariencia. En sus películas, el director estadounidense apuesta por una carne que hace festín de las fantasías románticas del más extremo Wolfgang Kaiser, de un grotesco que se refocila en las pústulas sangrantes, las amputaciones, los objetos deformados hasta la extremidad irreconocible o la impotencia orgánica, la esterilidad. En Butler, la inquietud sobre la carne transita por otro espacio, si bien mantiene una relación a partir de lo diferente que a su vez guarda un vínculo cárnico con el humano, la escritora tiene como objetivo despertar un vínculo sensible, el espacio novedoso que aparece en la colisión entre dos conciencias aparentemente desequilibradas en la medida en que no parecen compatibles: la fertilidad.

Lilith observa a los Oankali, los extraterrestres que la rescatan, y encuentra en ellos tanta diferencia que la aterriza:



Lo que había parecido ser un hombre alto y delgado siguió siendo humanoide; pero no tenía nariz..., ni protuberancia ni ventanillas, simplemente una piel plana y gris. Todo él era gris: piel gris pálido, un cabello de un gris más oscuro en su cabeza, que crecía hacia abajo alrededor de sus ojos, orejas y garganta. Había tanto cabello por delante de los ojos, que se preguntó cómo podría ver. El largo y espeso cabello parecía surgir tanto de dentro de las orejas como de alrededor de las mismas. Por encima, se unía al cabello de los ojos y, por abajo y por detrás, al del cráneo. La isla de cabello de la garganta parecía moverse un poco, y se le ocurrió que podía ser por allí por donde respirase..., como en una especie de traqueotomía natural.

Una de las misiones que le dan los extraterrestres a Lilith es la de preparar a los humanos para su presencia. Ella asume el papel una vez que ha convivido con los Oankali y descubierto que, pese a sus diferencias y su aparente inhumanidad, hay una visión de mundo a la que ella no podrá acceder, pero también implica una sensibilidad ante el universo compartido. Los Oankali viajan en una nave orgánica que parece tener vida propia; son capaces, además, de modificar los cuerpos e intercambiar información genética de tal manera que potencian habilidades, evitan padecimientos, se comunican por medio de intercambio celular y pueden regenerarse. Butler construye así una historia que basa su diferencia en la carne, pero no es una carne cotidiana, se significa desde la sustitución de nuestra visión inorgánica por una realidad totalizadora orgánica. A diferencia de la obra de Cronenberg, donde la incomodidad es un



asunto que vertebra la historia, en Butler es el extrañamiento que retuerce la realidad y provoca en el lector una visión alternativa, otra, de los límites de nuestro mundo.

Fernando Ángel Moreno en su sesuda investigación *Teoría de la ciencia ficción: retórica y poética de lo prospectivo* (2010) menciona que este tipo de literatura provoca en el lector un extrañamiento cognitivo que le invita a desarrollar una conexión entre realidad y mundo posible; en ese ejercicio, afirma Moreno, se encuentra la experiencia estética de la ciencia ficción y no solo en el uso de la función poética del lenguaje como ocurre en otros casos. Retoma lo escrito acerca del nóvum por Darko Suvin, quien a su vez toma el concepto de extrañamiento o desautomatización de los formalistas rusos; Darko Suvin afirma que en la ciencia ficción siempre resalta “un elemento cognoscitivo [...] que] se vuelve una medida de la calidad estética.”, en el nóvum es donde se encuentra, según él, la especificidad. Moreno, por su parte, menciona que si bien hay en juego un grado de extrañamiento, la especificidad se encuentra en el choque proyectado por la colisión entre el mundo empírico del lector y el mundo ficticio del texto. Así, la colisión que surge al leer el primer libro de *La estirpe de Lilith*, el extrañamiento cognitivo, no viene de la ciencia propiamente, sino del misterio de la carne, del cuerpo que, expandido por las posibilidades de su propia constitución biológica, se re-forma en naves, árboles o muebles, a la fertilidad del ser en el otro. Es un extrañamiento que apela a la naturaleza del ser humano, a una de las preocupaciones centrales que lo han movido a través de su historicidad: su imposibilidad para desprenderse de los límites a los que está conscripto, su eterno reposar detrás de la epidermis.

Más allá de la vieja y a veces ilusoria dicotomía entre mente o alma y cuerpo, lo que intento señalar es la dificultad del ser humano para despren-



derse de sus perímetros biológicos en la medida en que se vale de ellos para conocer el mundo. Octavia Butler toma esa verdad casi de Perogrullo para fundar una ecología de la carne en donde los cuerpos de los oankali se expanden hacia su nave espacial o se reforman con el intercambio de genes que realizan en su viaje por el universo. Sus acciones desencadenan en el lector un sentimiento de intriga que nada tiene que ver con la incomodidad monstruosa de las películas de Cronenberg, sino con la duda genuina que despierta el conocimiento de una posibilidad, es decir, el sentido de entusiasmo que solo puede ser provocado por el descubrimiento de una cuestión que hasta entonces permaneció oculta. No la maravilla que deslumbra al incauto; el mesurado placer de quien reflexiona y construye un mecanismo de la inteligencia, un dispositivo del pensamiento novedoso que se activa ante la sensación de futuro, de posibilidad inevitable. Quizás por esto autores de la talla de Joana Russ han visto en la ciencia ficción un vehículo para transmitir una ideología: un tipo de literatura capaz de inculcar ideas a partir de la torsión generada en la realidad puede ser utilizada como una forma de denuncia o como un arma que perpetra el *statu quo* o funciona, peor, a las locuras genocidas de grupos de extrema derecha. Pero que no mueva a sospecha el aparente uso panfletario o desalienante de la ciencia ficción. Es cierto que por su relación especial con el mundo basada en el extrañamiento cognitivo puede funcionar de esa manera, pero el entusiasmo al que me refiero, el que provocan obras como *Amanecer* que propician el descubrimiento de una ecología de la carne o cualquier otro tipo de referencialidad con nuestro mundo, es más esencial y por ello, tal vez, más idealista. Se trata de una mirada que se acerca a la etimología de la palabra, entusiasmo: un “soplo interior de Dios”, un impulso que se erige en experiencia estética sobre los escombros de la razón humana. La mística de la ciencia ficción.

Embalse

Emily Eliot

Cuando era niña me gustaba sentarme en un escalón en la puerta de la casa de mis padres. Desde allí veía pasar a las personas por la banqueta, a veces también me ponía a jugar en el piso del patio. Me gustaba hacer diques y embalses con plastilina. La aplastaba con mis dedos de tal manera que formara un muro de uno o dos centímetros cuya base fuera más ancha que la punta, procuraba que se mantuviera firme en un solo bloque perimetral que bajaba por el escalón y hacía un círculo, o un óvalo, o alguna especie de elipse irregular. Una vez que tenía listos los muros, iba por un vaso de agua y lo vertía desde la parte alta del escalón para que hiciera una cascada. El líquido descendía de acuerdo con la intensidad con la que yo vertía el vaso. Se formaban entonces tranquilas corrientes o vertiginosas caídas que rugían entre los pedruscos de un bosque inexistente. El agua se expandía en una mancha que oscurecía el piso, llenaba el embalse y durante un segundo parecía contenida por el tiempo en que la transparencia que rielaba lo henchía de furia. El triunfo me estaba asegurado, había logrado una laguna artificial en donde podían convivir peces



y una cascada de escalón. Pero de pronto la plastilina hidrofóbica se levantaba rabiosa contra el agua y la dejaba escapar. La ilusión se rompía. Yo intentaba detener la tragedia, presionando con mis dedos hacia el piso, buscando que la plastilina permaneciera firme ante el embate del agua, pero era inútil, apenas terminaba de volver una parte del embalse a su lugar, otra ya se levantaba para vaciar su contenido. El agua terminaba por expandirse en un charco informe y yo miraba mi reflejo como una promesa de otra batalla futura que ahora sí podría ganar. Aplastaba después la plastilina llena de polvo, piedrecillas y gotas diminutas con mis manos de tal manera que no hubiera duda sobre mi decepción: habíamos estado juntos en eso y la plastilina no había cumplido su parte. Y aunque sabía que por más veces que lo intentara, volvería a ocurrir lo mismo, yo regresaba a acometer la prueba por la fascinación del agua que corría y por la esperanza de un triunfo, ahora sí, duradero. No ocurrió, no ocurrirá: pasarán los años, volveré al aburrimiento de las tardes, miraré hacia la calle con la esperanza de que ocurriera lo inaudito, encontraré la escritura, y en ella otro embalse, otra cascada artificial, otra ilusión del agua.





DOSSIER GRÁFICO

TINTERO BLANCO

Comentarios en torno a los artistas visuales que integran las portadas y las páginas interiores de la revista.

Gabriela Vallejo Castro

Mexicali B.C. | 33 años

Diseñadora, ilustradora y ceramista. Egresada de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la carrera de Diseño Gráfico. Ha participado en distintas exposiciones colectivas de ilustración principalmente en Mexicali y distintos bazares locales a lo largo de los años.

Su obra se centra en la ilustración infantil, fantasía, cultura pop, el autocuidado y la ternura, siendo los medios digitales su principal herramienta, aunque explota también otras técnicas tradicionales y otras disciplinas. Ha indagado el muralismo en colaboración con el colectivo @las_calafias.

CONTACTO:

Ilustración @gabryllilustra

Cerámica: @hoku.arts

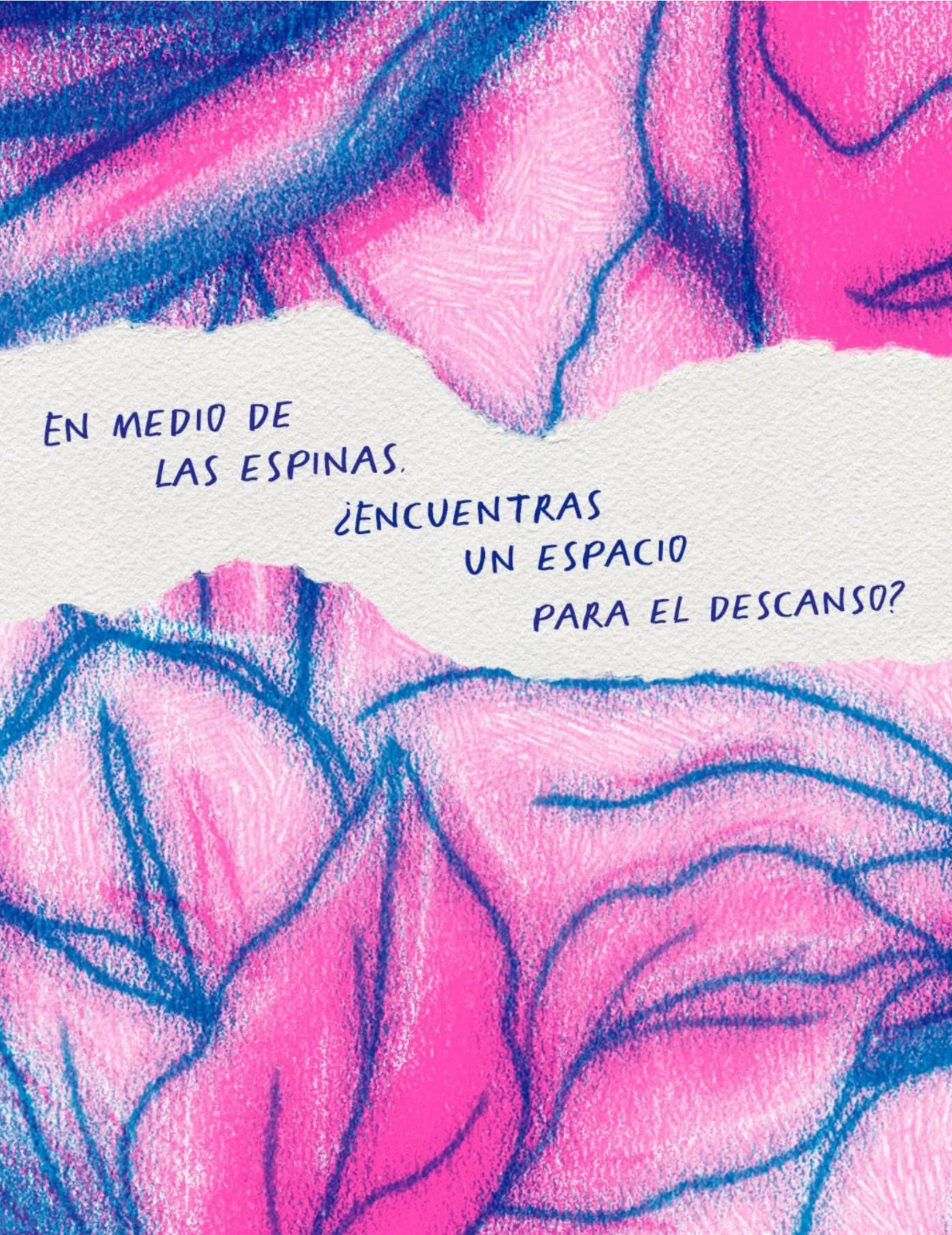


gabri
2014

Color

En la gama pastel entre el morado y el azul, la ilustradora Vallejo Castro nos presenta una serie de imágenes que juegan entre la representación de figuras femeninas y la referencialidad abierta de la cultura pop. Transita con facilidad entre técnicas y temáticas para ofrecernos un cúmulo vital que se traduce en un estilo florido, que aboga por la naturaleza, los animales o los rostros que interrogan al espectador. Señala desde una instancia lúdica a quien mira sus imágenes, proponiéndole un involucramiento que lo mueva a la ternura cuando aparece un cachorro disfrutando de su cumpleaños o de un paseo, o a la intriga cuando se enfrente a la imagen femenina que reflexiona o sonrío con entusiasmo. Parte desde la cotidianidad para crear un orden distinto que integra trazos simples en una armonía de color recargado, vibrante, que recuerda a los más afortunados sueños del cómic o el meme. Pasa del muro a la computadora con la facilidad de quien encuentra en el dibujo, además de una expresión, un sitio cuya propuesta estética apela a la ternura y al juego.

De la redacción



EN MEDIO DE
LAS ESPINAS.

¿ENCUENTRAS
UN ESPACIO
PARA EL DESCANSO?



AUTORES

TINTERO BLANCO

En donde presentamos a los autores correspondientes del número.

Literatura

Alicia Carrasco Azcuaga (Villahermosa, Tabasco, 1988): Es licenciada en Comunicación por la Universidad Modelo (Mérida, Yucatán). Ha colaborado como columnista en el periódico Milenio Novedades (Mérida, Yucatán). En 2016 publicó el poemario *País de las maravillas*, ganador de la convocatoria Emprendimiento Literario 2016 del Instituto Yucateco de Emprendedores (IYEM) en la categoría Obra Literaria. Sus primeros cuentos aparecen en *Contarte. Textos de los talleres del CCO Palabrerías 2023* (Palabrerías, 2024), *Raíces a una voz. Antología literaria FiliT 2024* (Silla vacía, 2024) y en la *VII Antología de Escritoras Mexicanas 2024* (Bitácora 52, 2024).

Liliana López León (1984). Es una escritora bajacaliforniana radicada en Barcelona. Ha publicado en revistas como *Sputnik*, *El Septentrión*, *Espejo Humeante* y *Especulativas*. Obtuvo el Premio Estatal de Literatura de Baja California 2022 y el accésit del I Premio Nacional de Poesía Lorcabiciudad 2024.

Fernanda Jaqueline Galindo López (Papantla de Olarte, Veracruz, 2009) es una joven escritora de 15 años. Estudia en la Escuela Bachilleres Papanteca. En 2024 formó parte de la antología *Teodoro Cano fuera de serie* en formato e-book con su cuento “La familia Bautista”. También ha publicado relatos como “La fiesta de los duendes”, “Un encuentro inesperado” y “El niño que iluminó el reino” en la página de Facebook SM Noticias Tuxpan, así como poesía en la página Salida del Tintero.



David Lobato. (Veracruz, 1997). Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Veracruzana. Actualmente estudia la Maestría en Estudios de Literatura Mexicana en la Universidad de Guadalajara. Durante sus estudios de pregrado realizó una estancia en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Santiago de Chile. Ha participado como ponente en coloquios y congresos. Ha publicado en *Argos* (Universidad de Guadalajara) y en *El pez y la flecha* (Universidad Veracruzana).

Juan Eduardo Mateos Flores. (Veracruz, 1991). Es narrador, egresado de Ciencias de la Comunicación por la Universidad Veracruzana. Su trabajo ha sido publicado en varios medios de comunicación. Su primer libro es de crónica, *Reguero de Cadáveres* (Los libros del perro, 2021), y habla sobre la violencia en el Puerto de Veracruz. Ha sido merecedor dos veces del PECDA.

Eara Ronzon. (1997). Poeta, compositora, artista sonora, escénica y audiovisual. Recibió el PECDA 2023 con el poemario *Crisálida*. Publicada en la antología de poetas veracruzanas *Jacarandas floreciendo de este lado del patio*. Recibió mención honorífica en el PNEUV de poesía 2023 con el poema “Destierro”, publicado también en *La Palabra y el Hombre*, y transformado en una pieza escénica de flamenco experimental.

Luis Enrique Cuéllar. (Xalapa, México, 1977). Por lo general, escribe cuentos de ficción especulativa. Ha sido publicado en las revistas *Anapoyesis*, *Penumbria*, *Rio Grande Review*, entre otras. Su trabajo también aparece en las antologías de terror 1 y 2 de Editorial Lebrí.

Leslie Figueroa. Promotora activa de los libros infantiles y juveniles en sus redes sociales desde 2020 a través del proyecto Lili Lees. Escritora y egresada de la licenciatura en Escritura Creativa. En 2022, publicó el cuento infantil *Tecolote* y microcuentos sobre ser mujer en *Calendario Tiempo de Mujeres*.

Publicó un cuento de horror en la antología *Llamado a la Muerte*, de Editorial Cositos Cartoleiros. En el marco de sus prácticas profesionales inició el proyecto Libros para Llevar, un podcast enfocado en autores en español. En 2024 presentó su novela *Voz de Luna* en la FIL Guadalajara con excelente respuesta.

Oscar Wilde. (Dublín, 1854-1900). Conocido por obras como *El retrato de Dorian Gray*, *El príncipe feliz*, *De profundis*, *Salomé*, entre otras.

Irving Vásquez. (Xalapa). Escritor de micronarraciones y ensayista.



Opinión

María Eugenia García. Licenciada en Lengua y Literatura por la Universidad Veracruzana. Su interés por la lengua y la literatura se extiende a diversas áreas, como la traducción, y la literatura infantil y juvenil. Con el propósito de ampliar sus conocimientos editoriales, tomó un diplomado en Producción Editorial en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Héctor Justino Hernández (1993): Ha publicado *Dimorfismo* (2019), *La máscara de Miguel* (2021), *La isla que nos llama* (2021) y *Acaso un descubrimiento a mitad de la noche* (2025).

Emily Eliot. (Guinea Ecuatorial, 1999). Escribe y ha publicado en revistas y antologías.



